

Olimpiadas de Filosofía: el espíritu deportivo y la actividad del filosofar

Diego Antonio Pineda R.¹

Resumen

A propósito de la realización de las Olimpiadas de Filosofía, un torneo filosófico que se realiza hoy en diversas partes del mundo, el autor invita a reflexionar sobre la relación existente entre el espíritu deportivo y la actividad del filosofar. Para ello, se remite al significado cultural y político de los Juegos Olímpicos de la antigüedad, de donde rescata el sentido de la sana competencia, esencial para la vida democrática y guiada por tres principios básicos: las reglas del juego limpio, la primacía de la participación sobre el triunfo y la superación de sí. La reflexión concluye con una invitación a impregnar la filosofía del espíritu de competencia propio de los jóvenes, y con una invitación a estos para practicar la filosofía con un auténtico espíritu olímpico.

Palabras clave

Olimpiadas; Filosofía; Espíritu Olímpico; Jenófanes; Competencia.

Abstract

With regard to the completion of the Olympics of Philosophy, a philosophical tournament that takes place today in various parts of the world, the author invites us to reflect on the relationship between sportsmanship and the activity of philosophizing. To do this, it refers to the cultural and political significance of the Olympic Games of antiquity,

¹ Profesor Titular Facultad de Filosofía, Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá, Colombia).
Correos electrónicos: diegopi@javeriana.edu.co y diegoantpineda@yahoo.com .

from which rescues the sense of healthy competition, essential for democratic life and guided by three basic principles: the rules of fair play, the primacy of the participation on the triumph and the self-improvement. The reflection concludes with an invitation to impregnate the philosophy of the spirit of competence proper to young people, and with an invitation to them to practice philosophy with an authentic Olympic spirit.

Keywords

Olympics; Philosophy; Olympic Spirit; Xenophanes; Competition.

Puede acontecer, en efecto, que de la simple disposición habitual no resulte ningún bien, como le pasa al dormido o de algún modo ocioso; mas con la actividad no es posible que así sea, pues quien la tenga de necesidad obrará, y obrará bien. Y, así como en los Juegos Olímpicos no son los más bellos ni los más fuertes los que son coronados, sino los que luchan —pues entre éstos están los vencedores—, de la propia suerte los que obran son los que conquistan con derecho las cosas bellas y buenas de la vida.

(Aristóteles, *Ética nicomaquea*, 1099 a 1-5).

Las “Olimpiadas de Filosofía” son un torneo que busca promover la reflexión y discusión filosóficas entre los jóvenes de los últimos años de la educación secundaria. Se suelen convocar anualmente, al menos en mi país, Colombia², mediante una pregunta abierta

² Hay formas muy distintas de llevar a cabo las Olimpiadas de Filosofía en diversos países latinoamericanos, y a nivel mundial. Quien quiera profundizar en el punto encontrará múltiples referencias en internet. Pueden, además, consultar el libro de Bernales y Lobosco reseñado en la bibliografía al final del presente artículo. Sin embargo, mi punto de referencia será siempre la forma como las hemos realizado en Colombia, dado que yo mismo fue quien las organizó por primera vez allí, quien redacté su reglamento y he participado de forma muy directa en su promoción y realización de forma ininterrumpida desde el año 2002 por parte de la Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana. Puesto que el presente trabajo es más una reflexión sobre el sentido de las Olimpiadas que una descripción de la forma específica como se llevan a cabo, no ahondaré aquí en las cuestiones formales o de logística que implica su organización. Ubico esta reflexión dentro de mi interés por pensar una educación filosófica que trascienda la simple enseñanza de la filosofía a nivel escolar y que busque espacios para el desarrollo de una cultura filosófica más allá de las aulas, tal como lo desarrollo en algunos de los escritos que incluyo en la bibliografía: Diego Pineda: “Sobre enseñar y aprender en filosofía”, en *Universitas Philosophica* N° 37, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2001; Diego Pineda: “¿En qué consiste una educación filosófica?”, en G. Vargas y Luz G. Cárdenas (Comps.): *Filosofía, pedagogía y enseñanza de la filosofía*, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional, 2004, pp. 125-161; Diego Pineda: “Contenido filosófico y forma literaria”, en *Revista Novedades Educativas* N° 169

que luego se va precisando y haciendo más rigurosa a medida que se avanza en las diversas fases de la competencia (eliminatórias, cuartos de final, semifinal y gran final). Puesto que se trata de una competencia, hay un reglamento muy preciso que rige cada uno de sus aspectos y la escogencia de los ganadores se basa en un sistema de puntaje que deben seguir los jueces de cada uno de los encuentros y en donde están representados las tres instancias básicas que se comprometen en su realización: los profesores de los colegios de secundaria participantes, los alumnos universitarios de filosofía y los profesores de filosofía de la universidad convocante.

En el presente artículo, más que elaborar que una justificación o defensa de esta actividad filosófica, quiero ahondar en el significado que, para el desarrollo de una cultura filosófica –y para el mejoramiento de nuestra educación y democracia–, puede tener lo que más adelante llamaré “el espíritu olímpico”, que, en la terminología de nuestros días, podríamos llamar también el espíritu de la sana competencia.³

Para cumplir mi propósito, tendré que mirar, en primer lugar, aunque de forma general, las posibles relaciones que, en el mundo actual, existen entre la filosofía y el deporte, para, a partir de ello, explorar el sentido general que puede y debe tener una “Olimpiada de Filosofía”. La idea de “Olimpiada” y la existencia del llamado “espíritu olímpico” me obligarán a volver los ojos a la antigüedad griega para intentar comprender el origen, significado y valor cultural de los Juegos Olímpicos de la antigüedad y el sentido en que ese espíritu general del “olimpismo”, todavía hoy, puede y debe permear las prácticas deportivas. A partir de ello, podré aclarar en qué consiste, desde mi punto de vista, la idea de la sana competencia y en qué sentido el origen de la filosofía puede ser entendido en clara conexión con el desarrollo del espíritu olímpico y el surgimiento de la democracia en las antiguas

(La enseñanza de la filosofía), Bs. Aires, 2005, pp. 21-29; Diego Pineda: “La enseñabilidad de la filosofía: la perspectiva de la ‘traducción’”, en Gregorio Valera-Villegas, Gladys Madriz y Arleny Carpio (comps.): *La filosofía como experiencia del pensar. Enseñanza de la filosofía y filosofía para/entre niños*, Caracas, Coedición del Centro de Investigaciones Posdoctorales de la Universidad Central de Venezuela y del Consejo de Desarrollo Científico Humanístico y Tecnológico de la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez, 2008; Diego Pineda: “Desplazamientos, transformaciones y retos de una educación filosófica en una sociedad democrática: reflexiones en torno a un viejo cuaderno de filosofía”, en *Universitas Philosophica*, N° 69, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2017, pp. 13-51;

ciudades griegas. Culminaré mi reflexión con una invitación a la juventud, que retomo de un discurso de Hegel, para que, impregnada del espíritu olímpico, no deje nunca de entregarse a la reflexión y de buscar la verdad con esa peculiar pasión que es capaz de poner en todas las cosas.

El epígrafe de Aristóteles que he tomado como punto de partida de mi escrito quiere subrayar el valor que tiene la vida de aquellos hombres que están permanentemente activos porque hacen de la vida una perpetua lucha en la medida en que “se la juegan” a diario por conquistar aquellas cosas que hacen una vida más bella y más valiosa. Los antiguos expresaron a través de un único término, *agón*, la unidad de estas dos ideas: juego y lucha. Quien comprenda que todo juego es una lucha y que toda lucha es un juego habrá dado un paso fundamental en esa búsqueda incesante de la sabiduría en que consiste el auténtico filosofar.

1. ¿Deporte y/o filosofía?

Pocas cosas son tan características de estos siglos XX y XXI en que nos ha correspondido vivir como los deportes. Fútbol (sin duda, el primero de todos), ciclismo, boxeo, tenis, golf, automovilismo, beisbol, equitación, baloncesto, voleibol, atletismo y cuantas cosas más, cada uno con distintas modalidades, con diversas formas de competencia, con campeones y figuras legendarias. El deporte es, en el mundo actual, el espectáculo que convoca a las mayores multitudes. Los medios de comunicación de masas (radio, prensa, televisión, Internet) le conceden amplios espacios y tienen miles y miles de periodistas desperdigados por los más diversos escenarios deportivos de cada país y del mundo entero. Los hombres del común seguramente dedicamos una buena parte de nuestro tiempo a practicar algún deporte y a ver justas deportivas de todo tipo; y hasta nos hacemos matar a causa de un triunfo o una derrota de nuestro equipo preferido.

¿De dónde surge tal fascinación? Sin duda, en primer lugar, de esa tendencia, tan natural al ser humano, a jugar, a divertirse y a competir. “El hombre –decía un poeta del

romanticismo alemán- solo es un hombre completo cuando juega”⁴. Y hay algo de cierto en ello. ¿O acaso recordamos momentos en que nuestro propio ser se encuentre más profundamente integrado que en esos momentos sublimes en que, a punta de esfuerzo, alcanzamos una meta venciendo para ello todos los obstáculos? ¿Qué produce mayor alegría que un gol, que se canta a todo pulmón, o qué produce más tristeza que caer derrotados ante nuestros rivales deportivos?

En el juego y el deporte se dan cita muchas de las tendencias contradictorias del ser humano, pues ellos son a la vez una manifestación de nuestras rivalidades más enconadas y de nuestras solidaridades más profundas; en ellos el placer y el esfuerzo alcanzan su más profunda unidad, pues ¿qué mayor placer hay que aquel de alcanzar la meta deseada después de un esfuerzo en que nos hemos superado a nosotros mismos? A través del deporte, los pueblos se hermanan y resuelven sus rivalidades, e incluso un débil país tercermundista se cura, por medio de un partido de fútbol, de su propia rabia después de una derrota infligida por un gran imperio naval unos años antes en las Islas Malvinas. En el deporte hay de todo: utopía y tragedia, rabia y esperanza, dolor y placer, tristeza y alegría, identificación con una causa y hasta pérdida de la razón en nombre de pasiones desbordadas.

¿Qué tiene que decir la filosofía a todo esto? Aparentemente nada. Ella se presenta ante el hombre común precisamente como lo más ajeno al espíritu deportivo. ¿Dónde hay acaso un atleta-filósofo o un filósofo-atleta? ¿No es acaso lo propio de la filosofía esa racionalidad pura que no sabe de fracasos ni de hazañas, que no se conmueve ante la derrota ni se satisface con el triunfo? ¿Qué puede haber, acaso, de juego y de competencia en el sereno y metódico ejercicio del filósofo o de reflexivo en el vértigo que se vive en una competencia de la Fórmula 1, en la final de la Champions League o en las pasiones desbordadas de un clásico deportivo regional?

Sorprende, sin embargo, que también los filósofos, esos seres aparentemente incontaminados de mundo decididos a no conceder nada a las “pasiones irracionales”, puedan también emocionarse ante un gol de Messi, el triunfo de uno de sus coterráneos en

⁴ La frase se le atribuye al poeta alemán Johann Paul Friedrich Richter (1763-1825). La reflexión más valiosa sobre el juego y su lugar en la cultura es la del texto, ya clásico de Johan Huizinga: *Homo Ludens. El juego y la cultura*, México, F. C. E., 1943.

una etapa del Tour de Francia o un triple play de las Grandes Ligas. También ellos, sin duda, son profundamente sensibles al espíritu del juego, al igual que lo fueron los grandes pensadores de la antigüedad, quienes no dejaron de ver, como muchos de sus contemporáneos, en los triunfadores de los Juegos Olímpicos a hombres particularmente bienaventurados⁵. Aristóteles, por ejemplo, cuando quiere dar un ejemplo de lo que es un hombre que logra vencer en la vida nos habla de los triunfadores en los Juegos Olímpicos, para decirnos que lo esencial de estos, y la razón por la cual merecen la corona de olivo, no es ni su fuerza ni su belleza, sino el hecho de que es entre los que luchan que están los vencedores; y estos son también “los que conquistan con derecho las cosas bellas y buenas de la vida”.

No debería sorprendernos tampoco lo mucho de filosófico que puede haber en el juego y el deporte. Aquel que planea una estrategia para una jugada en el fútbol o en el beisbol, o para una carrera de ciclismo o atletismo, tiene que hacer como los filósofos: reflexionar sobre las reglas y su significado, intentar percibir el juego como una totalidad donde cada una de las partes está en perfecta interrelación con los demás. El amante de los deportes no tendrá problema en discutir sobre estrategias y conceptos deportivos con la misma pasión, y con el mismo rigor, que los filósofos discuten acerca de la verdad, del bien o de la belleza.

Entre el deporte y la filosofía existen vínculos más estrechos que los que siempre hemos supuesto. Y no por mero accidente, pues los inventores del deporte fueron también los inventores del filosofar. Fue en la antigua Grecia, en esa época de peculiar esplendor de las diversas manifestaciones humanas, que tuvieron su nacimiento tanto los Juegos Olímpicos como la filosofía. Se trataba, sin duda, de dos manifestaciones bastante diferentes y cuyos orígenes son muy disímiles, pero, como entre todas las cosas que ocurren en una misma cultura, a pesar de la distancia y la diferencia, hay entre ellos un vínculo común, pues aun las cosas más disímiles son manifestaciones de un mismo espíritu. La competencia

⁵ Son múltiples las referencias que -por ejemplo, en los textos de Platón y Aristóteles, aunque también en muchos otros grandes pensadores de la antigüedad- encontramos a quienes participaban, y obtenían el triunfo, en los Juegos Olímpicos. En casi todos los casos tales referencias se hacen para indicar el honor y la bienaventuranza que acompañan a estos campeones olímpicos.

filosófica y la competencia deportiva responden a impulsos muy fuertes que tienen su fuente en nuestra común naturaleza humana y en una historia compartida.

2. ¿Olimpiadas de Filosofía?

Puesto que las “Olimpiadas de Filosofía” constituyen un intento por impregnar la filosofía de un espíritu deportivo, y la competencia deportiva de un espíritu filosófico, bien vale la pena que nos detengamos por un momento a pensar de dónde viene y qué significa este vínculo. Como ya lo habremos venido presintiendo, ello nos habrá de llevar a muchos siglos antes de Cristo, cuando en la antigua Grecia naciera el espíritu olímpico, del que también fue partícipe el origen del filosofar.

De lo que se trata ahora, entonces, es de que nos demos un breve espacio de tiempo para reflexionar en torno al sentido que tiene un evento como este que, pretendiendo ser un encuentro en que se promueve la reflexión filosófica, tiene también el carácter de una competencia al estilo de las competencias deportivas. La primera pregunta que surge, para cualquiera que escucha por primera vez hablar de una “Olimpiada de Filosofía” es, sin duda, la del sentido que pueda tener la idea misma de una competencia de carácter filosófico.

El término “Olimpiadas”, como todos lo sabemos, se refiere a un acontecimiento que convoca cada cuatro años a la casi totalidad de las naciones del mundo para competir en un cierto número de justas deportivas, y que tuvo su origen en los juegos que, en honor de Zeus Olímpico, se celebraron por muchos siglos en la antigua Grecia. Este significado original del olimpismo, sin embargo, ha perdido parte de su importancia hasta llegar a degenerar en la idea de una competencia hecha de una manera cualquiera. Con el tiempo, incluso el término “olímpicamente” ha llegado a significar “lo que se hace de una forma descuidada o como un simple divertimento carente de significado”. ¿Cómo puede haber, entonces, una “Olimpiada de Filosofía” cuando la filosofía es precisamente un ejercicio riguroso que no se puede hacer de forma descuidada u “olímpica”?

Existen incluso quienes sostienen que la noción misma de “Olimpiadas de Filosofía” tiene un carácter autocontradictorio, pues, por una parte, la idea de “Olimpiada” implica las

de contienda, lucha o competencia, mientras que, por la otra, la idea que nos hacemos de la filosofía es la de un ejercicio riguroso en donde lo esencial es el juego libre del pensar que no puede ni debe ser sometido a las reglas de un torneo con jueces y puntuaciones; y, sobre todo, que, en cualquier caso, el ejercicio filosófico es por completo ajeno al de una competencia deportiva con ganadores y perdedores.

¿Tiene sentido, pues, hablar de “Olimpiadas de Filosofía”? Las preguntas por el sentido son preguntas filosóficas que, como tales, no admiten una respuesta fácil. Intentaré, sin embargo, ofrecer a continuación algunas reflexiones sobre este asunto que, sin pretender ser definitivas, puedan servir de base para un debate más amplio. Para ello, habré de remitirme en primer lugar al origen del espíritu olímpico en la antigüedad griega, para, sobre la base de ello, clarificar el sentido general que en mi concepto tiene una actividad competitiva en general, así como una competencia en el ámbito de la reflexión filosófica.

3. Las Olimpiadas en la antigüedad griega

Para quienes hemos dedicado la vida al ejercicio profesional de la filosofía la idea de “Olimpiadas” nos conduce de inmediato a ese fabuloso espectáculo que, por algo más de diez siglos, se realizó sin interrupciones en la antigua Grecia. Estas Olimpiadas eran mucho más que una serie de torneos deportivos dedicados a consagrar campeones. Eran un verdadero acontecimiento cultural, y uno de los más importantes y de los que más claramente determinaron la cultura griega, reconocida por todos como una de las épocas de la historia caracterizadas por el ideal de la sabiduría y como la indudable cuna del pensamiento filosófico.

Para entender mejor el sentido de las anteriores afirmaciones, tal vez valga recordar brevemente algunos lugares geográficos y algunos acontecimientos históricos.

Olimpia fue una ciudad de la antigua Grecia, situada en el noroeste del Peloponeso. Más que una ciudad, en el sentido que hoy le damos a esta palabra de “conglomerado urbano”, era una extensión de tierra de proporciones bastante reducidas (aproximadamente 200 m. de largo por 175 m. de ancho se calcula que debía tener el terreno en donde se

encontraban los principales escenarios de la ciudad)⁶. Este pequeño enclave gozaba, sin embargo, de una gran reputación y celebridad a causa de dos acontecimientos fundamentales: en primer lugar, ser la sede del santuario de Zeus Olímpico, lo que lo convertía en el centro religioso por excelencia de la región del Peloponeso; en segundo término, que allí se celebraron por muchos siglos los más famosos juegos de toda la antigüedad: los Juegos Olímpicos. Se trataba, pues, de una ciudad sagrada en donde existían diversos monumentos, altares y templos y que recibía visitas permanentes de muchos habitantes de la antigua Grecia que iban allí a rendir culto a sus héroes y dioses. En esa pequeña superficie, sin embargo, había lugar para todo lo fundamental: el estadio, el gimnasio, la palestra, el hipódromo y las diferentes edificaciones que se requerían para el servicio del santuario religioso y la administración de los Juegos.

Los Juegos Olímpicos eran algo así como los juegos nacionales de la antigua Grecia. Se celebraban allí en honor de Zeus cada cuatro años a partir del año 776 AJC y constaban, además de una serie de justas deportivas (las más conocidas de ellas las carreras atléticas, la lucha, el pentatlón, el boxeo o pugilato, el pancracio, las carreras de caballos y de carrozas y muchas variantes de cada una de estas cosas que fueron surgiendo con el tiempo), de concursos musicales y literarios. Tales juegos duraron más de mil años, pues solo se vinieron a suprimir, por parte de Teodosio, en el año 393 DJC. Se reiniciaron muchísimos siglos después, hace algo más de cien años (en 1894, aunque la Primera Olimpiada del mundo contemporáneo solo vino a realizarse en Atenas en 1896), por parte del educador y humanista francés Pierre de Coubertin. Desde entonces se han celebrado continuamente, excepto en 1940 y 1944 a causa de la Segunda Guerra Mundial.

Es difícil expresar en palabras propias lo que uno mismo no vio ni vivió, aunque la imaginación en esos casos acuda en nuestro auxilio. Cederé, sin embargo, en esta ocasión, el turno al historiador y periodista italiano Indro Montanelli, para que él, con su vocación de cronista, nos cuente en sus palabras cómo era el lugar y cómo en él se daban cita las más

⁶ Tomo este y otros datos sobre los Juegos Olímpicos del bello texto del P. Manuel Briceño Jáuregui, *Los Juegos Olímpicos en la antigüedad* (Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1990).

diversas personas de la antigua Grecia. Hablando de Olimpia y las Olimpiadas nos dice lo siguiente:

El lugar era adecuado para hacer de él la sede de esas grandes reuniones deportivas nacionales: las secas rocas de Acaya le resguardaban de los vientos del Norte y los peñascos del Sur del siroco. Solo la alcanza, tierna y sazónada de salobre, la brisa marina que otea suavemente el fondo de la llanura. La fecha de la fiesta era anunciada por mensajeros sacros, que se desparramaban por toda Grecia sembrando en ella un alegre tumulto. Miles y miles de “hinchas” procedentes de todos los rincones se ponían en marcha a lo largo de las siete carreteras que conducían a Olimpia, la principal de las cuales era la Vía Olímpica, camino arbolado que desde Argos hasta el río Alfeo discurría entre templos, estatuas, tumbas y bancales de flores. Podían encontrarse en él, del brazo, a diputados de izquierda atenienses y generales espartanos, e incluso grupos de filósofos en paz entre ellos. Pues, además de las masas, allí se daba cita toda la alta sociedad helénica, olvidada por algunos días de sus diferencias y conflictos. Las ciudades mandaban pomposas embajadas de personalidades emperifolladas, que se dedicaban a observarse para ver quién llevaba el uniforme más hermoso, el cinto más fastuoso, los penachos más coloreados.⁷

A través de las Olimpiadas los antiguos griegos no solo se dedicaron al cultivo y el perfeccionamiento de sus cuerpos, sino que desarrollaron un espíritu propio, caracterizado por el sano ejercicio de la competencia, en donde la participación, más que el triunfo, eran sus motivaciones fundamentales. Pero no solo eso. Las Olimpiadas fueron durante muchos siglos una forma de fomentar la fraternidad entre los pueblos, prescindiendo de rivalidades nacionales y de exclusiones sociales, así como sirvieron para que se cimentara en Grecia la conciencia de pertenencia a una cultura común. No debemos olvidar, por ejemplo, que, mientras se celebraba este espectáculo supremo, se suspendían, por lo menos por un tiempo, las hostilidades y rivalidades existentes entre las diversas ciudades, se realizaban acuerdos de paz que nadie estaba dispuesto a quebrantar, y hasta los negocios públicos y las actividades judiciales se veían suspendidos.

⁷ Indro Montanelli: *Historia de los griegos*, Barcelona, Plaza & Janés, 1963, p. 149.

Uno de los mejores testimonios que poseemos de lo que fueron aquellas Olimpiadas nos lo ofrece un escritor romano del siglo II después de Cristo: Luciano de Samósata. Dice así:

Si los Juegos Olímpicos fueran a celebrarse hoy, todos estarían en capacidad de apreciar por sí mismos por qué damos tanta importancia a los ejercicios atléticos. Nadie puede, con simples palabras, describir [...] el extraordinario placer que producen, del cual todo el mundo podría disfrutar si estuviera sentado en medio de los espectadores, dando un festín a los ojos con las proezas y el nervio de los atletas, con la belleza y el vigor de sus cuerpos, con su increíble destreza y habilidad, su fuerza indomable, su corazón, su ambición, su resistencia y tenacidad. Nadie [...] cesaría de aplaudirlos con entusiasmo.⁸

Lo que nos dice Luciano -uno de los más famosos escritores de los primeros siglos de la era cristiana- lo dice, sin duda, en su papel del espectador que contempla admirado un espectáculo, es decir, algo que sucede ante nuestros ojos y que no puede más que maravillarnos, atraer nuestra atención y, sobre todo, suscitar nuestra admiración. Y, si, como nos recuerda Aristóteles⁹, la filosofía ha nacido y seguirá naciendo siempre que estemos dispuestos a admirarnos de que las cosas sean como son, también el espíritu de la competencia que caracteriza a unas Olimpiadas es algo que puede despertar esa admiración que está en el origen de todo auténtico filosofar.

Hay aquí, sin embargo, un nuevo ingrediente que entra en juego. En torno a las Olimpiadas se congregan los más diversos pueblos, quienes, al menos por un tiempo, pueden deponer sus diferencias y someterse a un esfuerzo de participación en condiciones de igualdad. En las Olimpiadas no hay lugar para la exclusión, el racismo y la intolerancia. El espíritu de la competencia deportiva empieza a vencer una a una las barreras que establecen discriminaciones entre los seres humanos.

Así como en las antiguas Olimpiadas, una mujer, Ferénika de Rodas, hija de un campeón de lucha y madre de otro, logró colarse disfrazada en los torneos para ver la competencia de su hijo, así también uno de los más maravillosos espectáculos de la libertad

⁸ Luciano de Samosata: *Anacarsis*, 12. Cito este texto del libro de Manuel Briceño ya indicado, p. 9.

⁹ Aristóteles: *Metafísica*, 983a 13.

humana fue el que el mundo presenci6 en la Olimpiada de Berl6n, en 1936, cuando un atleta norteamericano, de raza negra, Jesse Owens, derrot6 a los atletas alemanes (supuestos representantes de una “raza superior”) en presencia del mism6simo F6hrer, Adolfo Hitler, quien no tuvo otra opci6n que salir del Estadio Ol6mpico de Berl6n francamente disgustado.

Cuando los hombres y los pueblos compiten se reconocen como iguales y se aceptan en sus diferencias; y, cuando alguno de ellos quiere proclamarse “superior” ante los que le son iguales, su soberbia a menudo se ve vencida por una competencia deportiva llevada a la vez con humildad y gallard6a. No es extra6o, entonces, que la 6poca de los deportes sea tambi6n la 6poca de la extensi6n del modo de vida democr6tico a lo largo del mundo. No pretendo decir, pues faltar6a a la verdad, que la democracia es ya una realidad consolidada en el mundo contempor6neo, pero s6 que los criterios democr6ticos operan hoy con mayor fuerza que nunca a lo largo del mundo (a pesar incluso de los muchos fanatismos e intolerancias que a6n persisten) que en cualquier otra 6poca de la historia.

Y en ello las pr6cticas y las justas deportivas juegan un papel preponderante, pues ellas son el espacio de encuentro de todas las culturas, el espacio del di6logo y del mutuo reconocimiento, el lugar donde se zanja las diferencias a trav6s de la aceptaci6n de las reglas comunes. Si en el plano econ6mico o pol6tico un ciudadano del Tercer Mundo se encuentra en franca desventaja con respecto a otro ciudadano, perteneciente a los pa6ses m6s industrializados, en el plano deportivo –m6s all6 de las evidentes diferencias de recursos y preparaci6n- se trata de dos competidores en igualdad de condiciones, pues se someten a un mismo reglamento y a unas mismas condiciones de competencia.

En tal sentido, vale la pena subrayar que el restablecimiento, hacia finales del siglo XIX, de los Juegos Ol6mpicos, ha contribuido de una forma muy evidente a la extensi6n del esp6ritu democr6tico entre los pueblos de Occidente. Pues el esp6ritu ol6mpico, el esp6ritu democr6tico y el esp6ritu de la filosof6a son tres factores diferentes de una misma unidad. El esp6ritu ol6mpico, como esp6ritu de una sana competencia es un factor clave en la constituci6n y el desarrollo de la democracia como forma de vida.

4. El “espíritu olímpico” o la idea de la sana competencia

Aunque se critica con frecuencia el espíritu competitivo en nuestro mundo actual -y, en algunos casos, no sin una cierta dosis de razón, por el fomento irracional de rivalidades o la aparición de formas de deslealtad-, creo que es conveniente que no olvidemos que *el ejercicio de la auténtica democracia supone competencia*. Y por “competencia” no debemos entender aquí simple rivalidad, mera confrontación en donde no importan los medios que se empleen para alcanzar la victoria.

El término “competencia” tiene una doble acepción en nuestra lengua. Por una parte, se refiere a una cierta oposición y rivalidad entre personas que aspiran a la consecución de una misma cosa (por ejemplo, el triunfo en una justa deportiva). Por la otra, indica “pericia, aptitud o idoneidad para hacer algo o intervenir en un determinado asunto”. Creo que, para comprender de forma adecuada el espíritu olímpico y la idea de una sana competencia, no debemos descartar ninguna de estas dos acepciones. Tan importante como “ser competentes” en lo que hacemos es “saber competir”. El buen ciudadano en una democracia, además de competente en lo que hace, es también alguien en capacidad de competir con otros y de forjarse un carácter propio en el marco de una sana competencia.

Ser competente es ser capaz, es estar habilitado suficientemente para la realización de una tarea y para asumir esta con responsabilidad y compromiso. Una auténtica competencia, y el verdadero espíritu competitivo que debe primar en el deporte, en la educación y, en general, en toda la vida del mundo actual, se caracteriza ante todo por tres cosas:

- (1) por la existencia de reglas que garanticen el “juego limpio”;
- (2) por el ánimo de participación, más que de triunfo, que anima a los competidores; y, especialmente,
- (3) porque quien es verdaderamente competente no lucha por derrotar a otros cuanto por superarse y perfeccionarse a sí mismo.

El “fair play” o “juego limpio” constituye la regla fundamental de cualquier competencia. Se discute mucho en los deportes si es justo, por ejemplo, que muchas veces no gane precisamente el equipo que ha jugado mejor o más bonito o el atleta que más

esfuerzo ha hecho. La verdad es que criterios como los de “mejor”, “más bonito” o “mayor esfuerzo” resultan extraordinariamente subjetivos como para que puedan ayudar a determinar con claridad quién ha sido el legítimo ganador de una competencia. La justicia en la competencia no puede basarse, entonces, en asuntos tan subjetivos, sino en aquello respecto de lo cual todos los competidores son iguales: las reglas del propio juego. La justicia en el juego competitivo está precisamente en que todos nos atengamos a las reglas acordadas y establecidas. Quien logre llegar hasta el final de la competencia y obtener la victoria será un legítimo vencedor -aunque no sea el que haya jugado “mejor”, “más bonito” o “con mayor esfuerzo”- siempre y cuando no haya violado ninguna de las reglas establecidas. Por supuesto, si ha violado las reglas, si no ha jugado limpio, su victoria será espuria.

La regla fundamental del espíritu olímpico es la de la participación. “Lo importante no es ganar, sino participar”, recalcó muchas veces el barón Pierre de Coubertin, el fundador de los modernos Juegos Olímpicos, en sus escritos y discursos. Y es cierto: todos los deportistas de alto rango sueñan sobre todo con participar en los Olímpicos. Ello constituye, para la gran mayoría, la gran meta de su vida. Si, además, tienen alguna opción de vencer en la competencia, ello será bienvenido. Pero lo importante es siempre poder participar, y le dedican años a entrenarse para ello. Lo importante no es vencer, sino estar allí, hacer parte de esa gran fiesta en que puede convertirse una competición.

El énfasis que los antiguos griegos pusieron en el desarrollo de una cultura del cuerpo, su inmensa pasión por la fuerza y la belleza, no debe entenderse, a la manera de hoy, como un “culto al cuerpo” (como el de muchos de los hombres de la farándula actual), sino como una forma de autoperfeccionamiento de sí mismos a través del perfeccionamiento del propio cuerpo. El fin de la gimnasia, y de todas aquellas actividades que están orientadas al mejoramiento corporal, no es el dinero o la fama, sino un ideal de perfección ética y estética. Porque el trabajo sobre su propio cuerpo los hacía hombres y mujeres mejores y más bellos es que los antiguos griegos pusieron tanto cuidado en su cultivo. El fin de la competencia no es, entonces, el de vencer a nadie, sino el de perfeccionarse a sí mismos. Es este principio el que perfecciona al competidor y el que ennoblece la competencia.

También una competencia filosófica debe regirse por los tres principios previamente señalados. Ellos constituyen pilares fundamentales del espíritu olímpico y pueden constituir también bases fundamentales de un modo de vida democrático y de esa forma de vida sabia que persiguen quienes se dedican al cultivo de la filosofía.

Pero veamos ahora de qué manera, este espíritu olímpico, el espíritu del juego, del *agón* griego, también impregnó y puede seguir impregnando el ejercicio del filosofar en nuestros tiempos.

5. El origen de la filosofía y su espíritu agónico

Nos atrevemos a pensar que entre el desarrollo de los Juegos Olímpicos y el surgimiento de la filosofía en la antigua Grecia existe un vínculo más estrecho que el que se suele reconocer. Y esto no solo porque seguramente los filósofos de la antigüedad participaron como espectadores de estos juegos, o porque tuvieron noticia de algunos de los grandes triunfadores de estos torneos (y hasta citan con cierta frecuencia algunos de sus nombres), o porque, como todo griego, vieron en los triunfadores de los Olímpicos modelos de hombres bienaventurados, sino sobre todo porque entre la realización de los Olímpicos y el nacimiento del espíritu democrático hay también un vínculo histórico indisoluble.

Entre el año 776 -fecha probable de la Primera Olimpiada- y aproximadamente el año 500 antes de Cristo -en que se instauran las reformas de Clístenes que dieron lugar a la democracia ateniense- asistimos a un proceso progresivo de reglamentación de las diversas competencias en que los hombres griegos se enfrentaron unos a otros para medirse en fuerza e inteligencia. El desarrollo progresivo de este espíritu agonístico sirvió, además, para que, al tiempo que se reglamentaban los espacios de lucha física en donde se exaltaba la fuerza corporal del guerrero, fueran apareciendo nuevas formas de pugna verbal como las justas poéticas, los debates de los retóricos, o incluso el ejercicio de la conversación autorreflexiva propio de la filosofía¹⁰.

¹⁰ Sobre lo que expondré a continuación me ha resultado iluminador el artículo del profesor José Lorite Mena sobre el tránsito que se dio en la cultura griega “de los juegos olímpicos a los juegos verbales”: José Lorite M.: “De los

Se trataba, sin duda, de nuevas formas de lucha, en las cuales lo que debería primar no era la fuerza física del combatiente cuanto la fuerza del mejor argumento. Fueron precisamente aquellos hombres de la antigüedad, impregnados del espíritu olímpico, los que nos enseñaron que es posible encontrar un espacio en donde se pueden resolver racionalmente las diferencias; y los que, con ello, dieron lugar a muchos de los elementos más valiosos de nuestra cultura: la poesía, el derecho, la tragedia, la política, la filosofía. Aunque los Olímpicos constituyen en un cierto sentido una prolongación del ideal heroico de la época homérica, son también una invención mediante la cual los antiguos griegos sustituyeron las interminables guerras por una nueva actitud: la de la confrontación de sus diferencias dentro de un espacio reglamentado.

La competencia filosófica no es, desde luego, un asunto de fuerza, sino de razonabilidad. Por ello la única fuerza que allí resulta legítima es la fuerza de la razón, y el único combate legítimo es el de los buenos argumentos. Fueron también los antiguos griegos, por cierto, quienes nos enseñaron el valor de la razón como medida única de todos nuestros pensamientos, sentimientos y acciones; y fueron también ellos quienes nos mostraron, hace ya tantos siglos, que la sabiduría es algo por lo que vale la pena vivir y algo que debe ser valorado por encima de todo en la ciudad. Así lo indicaba un gran poeta y filósofo, Jenófanes de Colofón, cuando reclamaba a sus conciudadanos que debían valorar la sabiduría por encima de la fuerza:

Cierto es que, si, por la viveza de sus pies, uno consigue una victoria
-bien al competir en el pentatlon, al lado del recinto de Zeus,
junto al curso del Pisas, en Olimpia, o en la práctica de la lucha,
bien incluso porque domina el doloroso pugilato,
o una terrible prueba, a la que llaman el pancracio-,
a la vista de sus ciudadanos sería más glorioso,
se ganaría un asiento de primera fila en los juegos
y dispondría de manutención, a expensas del erario público,
gracias a la ciudad, y de un regalo que guardaría como un tesoro.
Incluso con los caballos conseguiría todo eso,
sin ser digno, como yo lo soy. Pues más valiosa que la fuerza
de hombres y corceles es nuestra sabiduría.

juegos olímpicos a los juegos verbales”, en *Universitas Philosophica*, N° 3, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1984, pp. 33-44.

Y es que muy a la ligera se opina sobre eso, y no es justo que la fuerza se valore más que una buena sabiduría. Pues, si se contara entre los ciudadanos uno bueno como púgil, o bien para competir en el pentatlon, o para la lucha, o bien por la viveza de sus pies -que es la más honrada de cuantas acciones de fuerza hay en competición de hombres-, no por ello estaría la ciudad en mayor orden. Y pequeño sería para la ciudad el disfrute si un participante en los juegos venciera junto a las riberas del Pisas, pues no ceban tales cosas los graneros de la ciudad.¹¹

Es claro el reclamo de Jenófanes de Colofón: aun con lo valioso que sea para la ciudad tener un campeón en los Olímpicos, por encima de su fuerza y de su valor, está la sabiduría. Esta le procurará mayores bienes a la ciudad que todos los triunfos deportivos. A pesar de lo grandes y loables que sean estos, lo que más requiere una ciudad bien gobernada es ciudadanos amantes de la sabiduría (esto es, filósofos); y habría, entonces, que poner tanto o más fuerza en la formación de los niños y jóvenes para la sabiduría que la que se pone para su formación en la industria, la administración del Estado y la guerra.

La sabiduría debe estar, en una ciudad bien gobernada, por encima de la fuerza. Y la filosofía es precisamente aquel ejercicio continuo de hacernos amantes de la sabiduría. Es este un bienpreciado al que tenemos derecho todos: niños, jóvenes y personas maduras, pobres y ricos; todos, sin distinción de clase, de religión o de sexo. El ejercicio de la filosofía es algo necesario para la vida democrática, algo que la enriquece y la proyecta, y la filosofía misma debe estar permanentemente inspirada por este espíritu democrático. Y ese espíritu democrático es también un espíritu que se construye olímpicamente, en la seriedad del juego, en el fragor de la lucha (la unidad de estos dos conceptos, juego y lucha, es lo que recoge el término griego *agón*). También la actividad del filosofar puede y debe impregnarse del espíritu deportivo, del espíritu del juego, del espíritu olímpico, del espíritu agónico.

¹¹ Este texto es el fragmento 2 de Jenófanes de Colofón. Lo cito según la traducción de Alberto Bernabé Pajares, en *Filósofos presocráticos (de Tales a Demócrito)*, Colección “Grandes obras del pensamiento”, Barcelona, Altaya, 1996, pp. 106-107.

6. Una invitación final

Una Olimpiada de Filosofía debería regirse por las tres máximas fundamentales de la sana competencia a las que me he referido con anterioridad, pues todos los que participan de ella -bien sea en calidad de competidores, de jurados o de espectadores- deben dejarse guiar por el afán de competir dentro de las estrictas reglas del “juego limpio”, deben participar en ellas con la convicción de que lo esencial es más el ejercicio reflexivo a que se les convoca que el mero afán de la victoria; y, sobre todo, deben tomar este acontecimiento como un espacio que puede de algún modo enriquecerlos y colaborar en su propio perfeccionamiento. También la filosofía puede inflamarse del espíritu olímpico, es decir, también ella puede ser competitiva, siempre y cuando se haga dentro de estrictas reglas de “juego limpio”, los participantes hagan gala de un espíritu reflexivo y busquen perfeccionarse como personas razonables.

Las Olimpiadas de Filosofía, por otra parte, tienen algo muy importante que aportar al ejercicio de la democracia: el sano espíritu de la competencia. De una sana competencia pueden participar todos y enriquecerse todos: tanto los que, como competidores, se esfuerzan por hacer gala de su sabiduría dentro de las reglas del “juego limpio” como los que, como espectadores, pueden maravillarse ante el espectáculo de la fuerza de las buenas razones.

Quiero, finalmente, concluir la presente reflexión sobre la importancia del espíritu deportivo en el ejercicio filosófico invitando a todos aquellos que creemos en la fuerza de la razón y en la importancia que tiene la filosofía en una sociedad democrática a que promuevan e intenten organizar en sus ciudades, universidades y colegios esta peculiar experiencia de pedagogía filosófica y política, este experimento de hacer filosofía con los jóvenes recuperando el sentido de la sana competencia.

Es precisamente a la juventud a quienes han apelado siempre los filósofos como depositarios de la esperanza en un mundo más sensato y racional. Termino por ello con la apelación que hace a la juventud uno de los más grandes pensadores de todos los tiempos,

el alemán G.W.F. Hegel, en su discurso del 22 de octubre de 1818 con el cual daba apertura a su curso académico en Berlín:

Apelo sobre todo al espíritu de la juventud, porque ella es la época feliz de la vida en que aún no se ha extraviado el hombre en los fines limitados de la necesidad exterior, en que puede ocuparse libremente en la ciencia, y amarla con un amor desinteresado, en que el espíritu, en fin, no ha tomado aún una actitud negativa y superficial frente a frente de la verdad, ni se ha perdido en indagaciones críticas, huera y ociosas. Un alma aún sana y pura experimenta la necesidad de alcanzar la verdad en cuyo reino la filosofía habita, el cual funda y del cual participamos cultivándola.

[...] Lo que hoy os pido es confianza en la ciencia y fe en la razón. El amor a la verdad y la fe en el poder de la inteligencia son la primera condición de la indagación filosófica. El hombre debe tener el sentimiento de su dignidad y estimarse capaz de alcanzar las más altas verdades. Nada se pensará demasiado grande ante la magnitud y el poder de la inteligencia. La esencia oculta del universo no tiene fuerza que pueda resistir al amor a la verdad. Ante este amor el universo debe revelarse, y desplegar todas las riquezas y profundos misterios de su naturaleza¹².

¹² G. W. F. Hegel: *Lógica*, Madrid, Editorial Ricardo Aguilera, 1973, pp. 13-14.